

Santiago de Compostela, setiembre 1959

Queridos amigos:

He dejado Madrid, del cual os hablaré en mi próxima carta, y gozando de una "bolsa de estudios" concedida por el Instituto de Cultura Hispánica he viajado a Galicia para seguir el curso de Verano en Santiago de Compostela. Desde el puerto de Vigo crucé, antes de adentrarme en tierras de labrantíos y robledales, la ría prodigiosa, y ví en sus márgenes los marineros silenciosos amarrando sus barcas y las mujeres descalzas y enlutadas zurcir las redes ásperas, y junté las monedas de nácar con que el mar paga a la tierra la complacencia de sus playas, y ví a las anémonas del agua cerrar sus corolas purpúreas. En las barcas sonreían vírgenes marineras talladas en madera para la devoción de los hombres del mar, y en Domayo o Darbo asistí a las romerías en medio del polvo de los bailarines y comí centollas y sardinas bajo las miradas ávidas de las gitanas o la gula de los ciquillos. En los pueblos marineros encontré muros romanos y sorprendí entre los verde palpitantes, la ría azul de Vigo profundamente serena como sus pescadores y labriegos.

Hacia lo alto, después de los ban-

cales ribereños, encontré las aldeas cobijadas entre las frondas, y en ellas los maizales ubérrimos, los cruceros de los caminos y los alegres *hórreos*. Un *hórreo* es una despensa que se alza sobre cuatro columnas invertidas que, a modo de capitel, tienen lisas y amplias pizarras donde se guardan el grano y la matanza. A veces una niña pasaba llevando un gallo envuelto en una manta, o una anciana con su cesta de peces ascendía lentamente como una nota en el paisaje dulce y agreste donde alternan nervudos robles, rocas eternas, verdecidas praderas.

En cumplimiento de la misión que me fuera encomendada por la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires —de la que soy becaria— visité en Vigo el Laboratorio Psicotécnico del Centro Gallego de Productividad, destinado a valorar las aptitudes de los sujetos que desean ingresar en la industria o comercio. Este Centro asesora a las empresas sobre técnica de la productividad y orienta a los productores, tratando de que alcancen el mayor grado de perfección en la realización de sus tareas. Está dotado de todos los aparatos necesarios para el examen psicotécnico, así como una buena batería de test, y es propósito del Cen-

tro examinar no solamente a los obreros que desean ingresar a una empresa determinada, sino a aquellos que quieran cambiar la naturaleza de sus actividades por no concordar con sus aptitudes o preferencias.

EL VIAJE A SANTIAGO

Como debía partir para Santiago, pues se iniciaba el curso sobre Cultura Medieval Española en el cual estaba inscripta, me alejé de Vigo hacia tierras del apóstol, asomada al paisaje gallego en un día luminoso, joyante como los peces. Un pez es una pequeña espada escamada que tiene ojos en la empuñadura y su filo en el vientre ornado con un abanico para no acernos daño. Una costa es una línea tierna, un flojo cinturón para las aguas que se llama esperanza para un naufrago e ilusión para un niño, los seres desvalidos. Una red es una malla que sirve para atrapar peces en el mar, y mariposas en los campos, es como tener algo mágico dentro de lo cual podría darse naturalmente el milagro. Un mar, un mar es un ojo de Dios puesto en la tierra para dar testimonio de su grandeza, y los barcos son las infinitas pupilas con las cuales puede contemplar el reino de su cielo. Cuando no hay barcos Dios está ciego y por eso los marineros pueblan los grandes globos oculares, azulados por la inmensidad, con el cerco de las ojeras terrestres. Un pez en una red, una costa en el borde del Océano y las barcas en el mar, son los elementos con los cuales se fueron componiendo las primeras imágenes hasta dejar la ría para flanquear las vides y pinares. Atrás quedaba la Galicia del Miño con su cauce lírico, y camino de Pontevedra, nos acercábamos

al Ulla nacido en altas tierras montañas y cuyas voces escuchó Rosalía, la del habla agridulce como los vinos, incitante como los retamales, dolida como el viento ululante de los valles.

Encontré a Santiago en hábito de peregrina, ceñida por sus montes entre los cuales parecía resonar aún el himno triunfante de los peregrinos flamencos, el *Ultreya* de la invocación: "*¡Herru Santiago! ¡Got Suntiagu. Eultreya esuseja! Deus adjuva nos*", mezcla de latín y antiguo galaico cuya traducción cantan en estos momentos los alumnos del Curso de Música de Compostela.

LA VIDA EN EL COLEGIO

Vivimos durante el desarrollo del Curso en una Residencia Universitaria construida en medio de los vientos, donde las campanadas del reloj de la Catedral se recogen para volver al nido de sus bronces. Allí encontré, habitantes ya del suntuoso Colegio, deliciosas criaturas suizas y francesas; jóvenes con voces germanas ásperas y risas clamorosas; estudiantes de Austria y Portugal, Londres y Turín, Estados Unidos y Holanda; y una profesora española, única cursillista cuyo castellano flúido y melodioso se vertía como un almíbar sobre el amargo y difícil deletreo de los extranjeros.

Amplias habitaciones se abren sobre las terrazas asomadas a parques y jardines, y hasta ellas nos llegaban en los días inolvidables el murmullo de la Robleda de Santa Susana y el aire claro de los montes. Las clases se dictaban en las mañanas durante cinco horas de continua tarea, y en los domingos, profesores del curso compartían con nosotros el autobús y la merienda haciéndonos el comentario en las visitas a los

CARTAS DE BECARIOS

monumentos de Santiago, y en las excursiones a Betanzos y La Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra y Vigo. A la hora del desayuno convergían hacia el inmenso corredor, desde la primera y segunda planta del Colegio, las alumnas y alumnos presurosos con sus cuadernillos de notas y su diccionario de bolsillo, mezclando sus lenguas maternas con el español indomitable, para correr después hasta el autobús en que nos conducían a la Universidad Compostelana. En el mismo vehículo nos retornaban para el almuerzo, y en las tardes, liberados de la obligatoriedad de las clases, ascendíamos a los montes, íbamos hacia las playas lejanas, o permanecíamos hechizados, perdidos en las callejas de Santiago labradas como un verso en el poema inmortal de la ciudad divinizada. En los atardeceres rojos como por los granates de las vertientes del Pedroso, dilatados en grises como los feldespatos de su monte Dalmásico, gustaba sentarme en el paseo de La Herradura para contemplar el indescriptible prodigio de la luz sobre la piedra o el follaje. Desde su altura —ha dicho Otero Pedrayo— la ciudad semeja una montaña sagrada palpitante de luces, ahondada en sombras de santuario; a la alborada una revelación siempre nueva; al véspero una nostálgida despedida; bajo la lluvia un musical libertarse de las esencias del arte; envuelto en sol un jubiloso ascender del himno. A cada visión se descubre algo nuevo: una voluta, un balcón, el suave color de los líquenes de una torre, el reflejo en llamas de una vidriera, la revelación de un huerto, un ciprés anhelante de azul.

Los lunes, convocados por el director del curso, profesor Moreno Baez, asistíamos a un concierto fonoelectrico en la misma aula en que se dictaban las clases, y todos los jueves, en turnos su-

cesivos, para no desertar en masa de alguna de las clases, íbamos hacia los puestos en que vendían "camariñas". Las camariñas las tejen arañas humanas de una manera mucho más compleja que la que supone la fabricación de una tela. Son prodigios de finura y gracia, y en ellas yo simbolizo la delicada ternura de las gallegas. Son como la espuma de su mar, el que les lleva los novios y maridos; por eso ellas las preparan con sus dedos tejiendo en el hilo luminoso el encaje de sus playas. Vendrá la barca marinera hasta el puerto de sus manos y mientras esperan, crece su labor con levadura de suspiros. En la última semana, después del concierto, el rector magnífico, Dr. Legaz Lacambra, nos ofreció un vino de honor en el salón del rectorado, servido por los bedeles ataviados a la antigua usanza, con librea dorada, calzón corto y medias blancas, en tanto las escaleras y corredores del venerable edificio habían sido alfombrados de rojo, abrigados los metales, y hasta el agua de la fuente, en el centro de su claustro, rodeada de lustrosísimos verdes.

LA CATEDRAL Y LAS FIESTAS DEL APÓSTOL

La Catedral de Santiago, la más importante creación del arte románico español, con sus cuatro grandiosas fachadas, cada una de diverso estilo, abiertas a la vastedad de sus plazas, nos sumía diariamente en el éxtasis que provoca la contemplación de su belleza. Hildegaard, Michel, Gretchen, se detenía ante la imagen del Apóstol que libró a los cristianos de la ominosa carga conocida en la Historia con el nombre de "Tributo de las cien doncellas", y Hubert, Paul y Henri

recorrían la plaza Quintana de Muertos, llamada hoy de los Literarios en memoria del batallón que salió de las aulas de la Universidad en defensa de la religión y de la patria para luchar contra las huestes napoleónicas. Pero todos, sin haberlo previsto, nos reuníamos ante el Pórtico de la Gloria en inexpresable éxtasis para escuchar la voz de los apóstoles y contemplar el prodigio de la piedra sonriente o la música de los ancianos, cuyos instrumentos veíamos pulsar en el delirio de la belleza obsesionante. Y repetíamos las palabras de Rosalía:

*¡Santos e apóstoles ¡védeos! parecen
qu'os labios moven, que falan quedo,
os uns c'os outors e alo n'altura
d'o Ceo, a música vai dar comenzo.*

Y la música comenzaba, hasta que de pronto las campanadas del reloj de la torre nos sacudían como un viento, y librados del hechizo, íbamos hacia el Maestro Mateo desde hace siglos de rodillas, para apoyar nuestras cabezas en la suya en ruego de sabiduría. Dices las guías de Santiago que la campana actual de su reloj, una de las mejores no sólo de España sino de cuantas se conocen, esparce sus sonidos de grave y acompasado acento con tan honda sugestión que conmueve a cuantos la escuchan por la vez primera. Pueden imaginarse mi sorpresa cuando supe que el autor de su mecanismo, relojero y poeta, fue un antepasado mío, Andrés Antelo, oriundo de la Galicia de mi abuelo que dejó esta inscripción en el pedestal de la estatua ecuestre del Apóstol que se ve encima de la máquina: *D. O. M. Uñ fugit assiduis urgens haec motibus horas...*, que traducida dice: A Dios Optimo Máximo. Del mismo modo que huye esta máquina al empu-

jar las horas con sus no interrumpidos movimientos y no permite la más pequeña dilación, así escapan los tiempos, así va corriendo la vida de los hombres hasta que la corte con su guadaña la Parca poderosa. Aprended mortales a ajustar vuestras costumbres, no sea que os sorprenda descuidados el último día.

A mediados del Curso se celebraron en Santiago las fiestas del Apóstol. Desde la primera hora del alba, aún deslumbrados por los sorprendentes fuegos de artificio que en la víspera solemnisima habían quemado en la plaza y fachada del Obradoiro de la Catedral, escuchamos a los músicos recorriendo sus calles. Vimos a Gigantes y Cabezudos bailar sus caprichosas danzas mientras en la plaza las gaitas y muñeiras diluían sus nostálgicos sonos en el repiqueteo general de campanas y en el estruendo de las bombas anunciadoras de los festejos. Entramos en la Catedral, o nos entraron, apretados como lápices de colores en una caja de contenido incalculable: ni 44, ni 48, ni 144; gruesas de lápices cada uno con su emoción coloreada dentro del cuerpo de madera, cada uno con su afilada punta para el día de la evocación, agudos los ojos y el silencio, la curiosidad y la emoción. La procesión mitrada ascendía lentamente por las gradas de la Iglesia rasgando el aire con la púrpura, el oro y el armiño. El cardenal llevaba extendida cola como las desposadas y tenía una mirada serena y benediciente. Los cursillistas seguíamos la ceremonia trepados como rapaces en una de las verjas laterales que protegen el altar mayor en esa hora molidable. Estábamos incómodos, colgados de los barrotes con un pie en un intersticio y el otro en el vacío, haciendo equilibrio para no caer, y com-

CARTAS DE BECARIOS

partiendo con ciquillos y aldeanos el espacio pequeñísimo. Los antes solemnisimos mitrados mal disimulaban el tedio que les producía la dilatada ceremonia. Cambiaban miradas expresivas y algunas palabras que no percibíamos a pesar de la proximidad. Un poco antes el botafumeiro, inmenso incensario que en los días de fiesta sustituye a la alcachofa, había sumido a la multitud en indescriptible deliquio. Suspendido del techo por medio de una polea que encaja en un artificio de hierro, e impulsado por ocho hombres, le vimos volar sobre nosotros con velocidad creciente hasta alcanzar, en una semicircunferencia de unos cuarenta metros de diámetro, la bóveda del templo. Un grito ahogado de los fieles indicó que el incensario había rozado la materia y que, por lo tanto, su latido debía aquietarse en el corazón de la Iglesia. Todos los ojos descendieron con él y se posaron para recibirlo como si fueran manos. Gozamos según antiquísima costumbre de la ofrenda de los ramilletes, del baile de los gigantes ante el Santo Apóstol, y ya fuera de la Catedral, del espectáculo de las ferias y del infantil encanto de las cucañas. Ese día los cuatro evangelistas de piedra habían acomodado los pliegues de sus vestiduras y los hermosísimos jóvenes sonreían a los visitantes con sus vívidos rostros.

LAS EXCURSIONES: PONTEVEDRA

Dicen las gentes gallegas que Vigo trabaja, Pontevedra duerme, Santiago reza y La Coruña se divierte. Nosotros podríamos demostrar que nunca fue nuestro rezo más ferviente que en Pontevedra, ni la alegría más desbordante en Vigo o el trabajo más intenso que en Santiago. Sentados en los

jardines que rodean el Colegio preparábamos nuestros exámenes oyendo a los canteros en la vecina construcción, en la ciudad universitaria, labrar a mano la piedra para la obra perfecta. Os diré de paso que un examen es el único espectáculo que no ha sufrido variaciones en el espacio o en el tiempo. Si Sócrates hubiera sufrido oposiciones, beber cicuta le hubiera parecido examinarse. Nos acercan el bolillero como un vaso y nos bebemos el programa como una pócima.

En la Coruña, el domingo primero de nuestra estadía, torpes aún las lenguas germanas para expresar su emoción o su gozo, escuchábamos a los organillos expresar el matiz de nuestra nostalgia. Se deslizaban por las calles con banderines de colores y brillantes sus bronces como las notas reflejaban el suelo húmedo por el reciente orvallo. Imaginamos en sus costas a los barcos de cuero tripulados por los brigantinos, rama de los ártabros, uno de los más puros linajes celtas de Galicia. Ascendimos a la famosa torre de Hércules y nos sorprendió desde su alto la trinidad de La Coruña. Historia por tres siglos, descubrimos la vieja Coruña del XVIII; la ciudad moderna, llamada antes la Pescadería, en el siglo XIX; y la Coruña novísima en cuyas playas nos bañaron las aguas del Cantábrico.

Pero la hora inolvidable transcurrió en Pontevedra después de la excursión a Vigo. Volvíamos en el atardecer por el camino que bordea la ría, entre el azul rosado de las aguas y el verde azul de su follaje, en busca de la ciudad dormida. Allí nos esperaba el profesor de lírica galaico portuguesa, Dr. José Filgueira Valverde, director del Instituto de Pontevedra, quien nos llevó a visitar el Museo y los templos. En el primero, que tiene la par-

Catalina A. de Husson

particularidad de ser un museo "vivo", con su clásica cocina gallega donde parecía hervir el pote en su puchero, encontramos valiosas colecciones, y en el subsuelo una conmovedora evocación de la cámara de Numancia en que el espíritu de Méndez Núñez vagaba aún entre las cosas marineras. Salimos en la noche y ya bajo la luz de la luna entramos a las ruinas del convento de Santo Domingo, cuyos altos ábsides rasgados por las ventanas ojivales, estaban cubiertos de elocuente hiedra. Y allí nos esperaba el milagro. Bajo la bóveda del cielo, entre aquellos muros venerables, sin otra luz que la luna ni otra sensación de la vigilia que el latido de nuestros corazones, oímos las voces dulcísimas de los

niños que, ocultos entre sus piedras entonaban las celestes cantigas, los zejales del Cancionero de Upsala o los cantos populares gallegos. Eran los Cantores del Instituto de Pontevedra, y el concierto nos estaba dedicado. Comprendimos entonces que Pontevedra sólo en apariencia duerme, y que el canto milenario, impregnando el granito de sus abiertas arcadas, nos había hecho partícipes de su sueño. La magia del instante detuvo nuestras manos que iniciaban el aplauso. Un blancor fantasmal se deslizaba entre las sombras. Volvimos silenciosos.

Cordialmente.

Catalina Antelo de Husson

